



Historia documental del PSCH.

1933 - 1993

Socialismo y Nación — Socialismo y Mundo

Prólogo
Germán Correa

Compilador
Alejandro Witker

CARACTER DE LA REVOLUCION LATINOAMERICANA.

Oscar Waiss

¿Por dónde y cómo comenzará el flujo de las masas en América Latina? Esta es la pregunta que se formulan los trabajadores del continente y a la que procuramos dar respuesta en estas páginas. Conocer el carácter de la revolución latinoamericana es indispensable para los partidos de la revolución, porque de su acción oportuna y ágil depende la suerte del proceso, por varios años. La conquista del poder sin una clara visión de las medidas adecuadas para desarrollar el impulso histórico del pueblo y mantener el control del Gobierno, no pasa de ser una revuelta más «a la sudamericana». Lo que distingue una revolución de un simple golpe de Estado es la decisión de una clase nueva que se propone transformar el sistema económico de una manera permanente, para instaurar sobre esas bases un nuevo ordenamiento social. Si este programa parece ser demasiado ambicioso y absurdo para los sectores reaccionarios, se debe a la inercia mental de los grupos tradicionales que se han acostumbrado a pensar que sus privilegios son inmutables. Pero para las masas desposeídas la revolución va siendo cada vez más una necesidad, un efecto «necesario» de causas conocidas.

Cuando Lenin escudriñaba el camino de la revolución socialista en Rusia, concebía dos etapas cuya secuencia dejó entregada al empirismo de los acontecimientos. Porque los teóricos marxistas no han querido nunca caer en la charlatanería de los profetas y no es posible prever la forma exacta de los procesos sociales sino su sentido general. La primera etapa prevista por Lenin era la de la República Democrática, que implicaba la plena libertad política y la formación de un bloque de clases oprimidas en torno al proletariado urbano de las ciudades. La segunda era la de la dictadura que él definió en 1905, en su folleto *Dos Tácticas*, como la dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y de los campesinos. La primera etapa es la de la revolución burguesa, que abre el camino para el libre avance del capitalismo y liquida el retraso feudal de la producción, especialmente agraria. Esta revolución, en la medida misma en que moviliza a las masas, las une en torno



a algunas conquistas fundamentales y las provee de armas, tiende a transformarse en revolución socialista a través de la insurrección armada. El que esto suceda o no depende, casi siempre, de la conducta de los dirigentes, es decir, de la existencia de un partido que sea capaz de conducir a los trabajadores a la materialización de sus objetivos.

En plena acción insurreccional, el año 1917, y comprendiendo el ritmo endemoniado de los hechos que se precipitaban, Lenin declaró que ya no bastaba la fórmula de la dictadura democrática de obreros y campesinos, sino que se imponía simplemente la «dictadura del proletariado». Los que persisten, dijo, en seguir hablando de dictadura revolucionaria y democrática de proletarios y campesinos no comprenden «el ritmo corriente de la vida» y de hecho se han pasado al otro campo. Lenin no hacía sino constatar el curso de la revolución, que se tragaba etapa tras etapa, como si caminara con las botas de las siete leguas; en esos momentos no se puede frenar, porque existe el peligro de un volcamiento. Pero de allí a creer que todas las revoluciones van a evolucionar de manera idéntica, es caer en el esquematismo dogmático y privarse de la posibilidad de

Jobet, J. C. y Chelén R. Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile, Quimantu, 1972

conocer «el ritmo corriente de la vida».

No podemos, entonces, excluir la posibilidad de que la revolución latinoamericana repita en forma abreviada acontecimientos característicos del paso de una economía capitalista a un socialista, y hasta debemos admitir la alternativa de que se detenga con exceso en alguno de esos acontecimientos, lo que implicaría la constitución de bloques políticos correspondientes y sistemas de Gobierno correlativos. El resultado final, en todo caso, estará ligado indisolublemente a la dureza con que el partido de los trabajadores sea capaz de enfrentarse a las inevitables vacilaciones de los grupos burgueses y pequeñoburgueses, que procurarán siempre mantenerse dentro del marco de la revolución burguesa, buscando desesperadamente soluciones elécticas para todos los problemas.

Si hurgamos en las experiencias latinoamericanas para desentrañar la tendencia histórica de estos pueblos, podemos arribar a algunas conclusiones significativas. En México, por ejemplo, el triunfo de los campesinos no se orientó hacia el derrumbamiento del capitalismo porque la dirección del movimiento no salió nunca de las manos de caudillos burgueses y pequeñoburgueses. El triunfo, en sí mismo, se posibilitó por la destrucción total del viejo ejército porfirista y su sustitución por un verdadero ejército del pueblo. Pero a ese paso inicial no sucedió un período de amplia libertad democrática y se repitió, en cierta manera, el error fundamental de la Comuna francesa. También los líderes de la Comuna reemplazaron el ejército permanente por el pueblo armado; pero igualmente se mostraron incapaces de destruir a la clase burguesa y ése fue el origen de su derrota. En México el impulso revolucionario careció de dirección igualmente revolucionaria, y las masas no pudieron expresarse históricamente, recayendo en una democracia burguesa con todos los vicios que la caracterizan en América Latina.

En Venezuela, durante el período revolucionario de Acción Democrática, se fue, en cambio, audazmente a una ampliación de la democracia que otorgó el derecho a sufragio sin discriminaciones a todos los habitantes del país mayores de dieciocho años, supieran o no leer y escribir. Esta medida le dio un inmenso respaldo popular al Gobierno y así pudo triunfar por una aplastante mayoría el candidato de Acción Democrática, Rómulo Gallegos. «La democracia -ha dicho Lenin en El Estado y la Revolución-, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria». Pero los dirigentes de Acción Democrática no supieron y no pudieron desembarazarse de los jefes del antiguo ejército de la dictadura y éstos hicieron abortar la revolución en cuanto ella amenazó seriamente los privilegios de la oligarquía. La avalancha democrática que no se transforma en pueblo armado para defender la democracia termina siempre en la frustración contrarrevolucionaria.

Aunque la experiencia es demasiado restringida, también pudo observarse en Chile durante los efímeros días de la

revolución «socialista» de 1932. Cuando el pueblo pidió armas para oponerse a la contraofensiva que dirigía Carlos Dávila, el coronel Marmaduke Grove, hombre fuerte de la revolución, declaró que él confiaba en el ejército porque «los oficiales le habían dado su palabra». Pocas horas después de su ingenua declaración tuvo oportunidad de pesar el valor de esa promesa navegando hacia la isla de Pascua, donde lo mandaron esos mismos oficiales que tenían su palabra empeñada.

En Bolivia, por el contrario, los acontecimientos se precipitaron en forma de que el ejército burgués fue literalmente barrido, sin quedar resto alguno de su antigua estructura, lo que explica, en parte, la supervivencia del régimen de Paz Estenssoro. En Guatemala surgió una forma restringida del Ejército Popular y ello explica, en gran medida, la vitalidad del Gobierno y su transición normal durante diez años en circunstancias difíciles y dramáticas. Las limitaciones de ese Ejército Popular se evidenciaron en los últimos acontecimientos. Ambos casos constituyen una demostración de la importancia de este factor aunque no sea el único que merece analizarse.

La revolución latinoamericana se caracterizará por las insurgencias de las masas armadas y la instauración de gobiernos populares que procurarán ampliar los derechos democráticos a todos los sectores de la población, sin restricciones de ninguna especie. Esta finalidad debe figurar en los programas de los partidos que aspiren a interpretar esa insurgencia y su éxito dependerá del papel que puedan jugar los obreros industriales y mineros bajo la dirección de un partido representativo, auténticamente revolucionario, que no transija en los momentos críticos con los representantes de los restos en desbande de un pasado desvanecido.

Pero la insurgencia, el proceso insurreccional, no puede ser la finalidad en sí misma ni representar, como parecen creerlo muchos, el desiderátum de la victoria. El movimiento debe afirmarse en bases sociales estables y tender a la solución efectiva de las contradicciones económicas que sumen en la misera a los trabajadores.

Las bases en que se afirma el edificio insurreccional son las siguientes: a) La incapacidad de la oligarquía terrateniente para producir en forma racional los alimentos necesarios; b) La debilidad política de la burguesía y de sus partidos representativos que no reflejan la realidad nacional; c) La debilidad política de los gobiernos que degeneran rápidamente en tiranías militares; d) Las condiciones del mercado internacional respecto de las materias primas y el carácter monoprodutor de las economías; e) El carácter revolucionario de los movimientos nacionales contra el capital financiero internacional; f) El paulatino empobrecimiento de las masas; g) La escasez de alimentos y otros artículos de consumo habitual; h) El crecimiento numérico del proletariado; i) La mayor conciencia social de los campesinos, indios y otros sectores oprimidos, y j) La formación de fuertes movimientos y partidos de tendencia nacional y popular.

Estas bases plantean, necesariamente, una primera etapa en que se cumpla el ciclo de la revolución burguesa, se organice la producción de acuerdo con los adelantos técnicos y se tienda a encontrar mercados que sustenten esa industria, implicando esto una modificación sustancial del modo de producir los alimentos, poniendo fin al absurdo sistema actual de posesión de la tierra. Pero el hecho de que se trate de una revolución burguesa no significa que se deba contar con el apoyo de la burguesía y de los partidos de la burguesía; por el contrario, la burguesía se verá empujada al campo de la contrarrevolución, junto a los latifundistas y al imperialismo, ya que su existencia de clase y como clase se verá amenazada, lo que la obligará a luchar por su supervivencia. Y como la clase obrera no podrá -aún desde el punto de vista de su simple gravitación física en países de tan escaso desarrollo industrial- aplastar por sí sola a las fuerzas coligadas de la contrarrevolución, deberá buscar la fórmula de un Gobierno popular revolucionario, con participación y apoyo de todos los grupos y clases oprimido, que le otorgue el indispensable respaldo para sostenerse en el poder. Gobiernos populares antiimperialistas, bajo la denominación de República Democrática de los Trabajadores u otra similar, surgirán en cada coyuntura insurreccional, y su evolución posterior hacia un sistema específicamente socialista dependerá de la influencia real que obtengan los obreros industriales y mineros a medida que se conviertan en los portaestandartes de las aspiraciones de las masas campesinas y el resto del pueblo.

De lo anteriormente expuesto se deduce que las primeras medidas de ese Gobierno popular, de amplia base democrática y sostenido por el pueblo armado, deben ser las siguientes: a) Reforma agraria que ponga fin a la concentración de la tierra en manos de unos pocos privilegiados y organice la producción racionalmente, dirigiendo los cultivos, aumentando las áreas cultivables y ayudando eficazmente a los campesinos; b) Recuperación del dominio nacional sobre las fuentes de materias primas; c) Control del comercio exterior y defensa de los precios de las exportaciones; d) Planificación industrial y acuerdos regionales en el continente para asegurar los mercados.

No serán éstas, por supuesto, las únicas medidas que adoptarán los gobiernos populares, y aun para adoptar las que indicamos deberán tenerse en cuenta, en cada caso, la situación particular de cada país. No pueden desconocerse las resistencias que habrá que vencer, y, al respecto, lo que sucedió en México y en Venezuela con el petróleo y lo que ocurrió en Guatemala a raíz de las expropiaciones de la United Fruit serían antecedentes precisos de los métodos a que recurrirá el imperialismo tratando de impedir la evasión de lo que considera sus dependencias coloniales. Pero nada podrá impedir el hombre latinoamericano aporte los materiales que requiere la construcción de una sociedad distinta, en estos momentos en que la historia lo enfrenta a la declinación del capitalismo y a los espasmos finales de un sistema económico que sucumbe en medio de crisis

espantosas y conflictos bélicos de inigualado salvajismo.

Los pueblos latinoamericanos están entrando con algún retraso en la lucha mundial por la libertad y el socialismo, porque su tardío desarrollo económico los mantuvo por siglos como una reserva desconocida de la humanidad. Pero la red mundial del capitalismo terminó por capturarlos y ellos han despertado bruscamente a una realidad oprobiosa: mientras producen una gran parte de las riquezas del mundo, vegetan en una dolorosa miseria. La lucha de las grandes potencias por el dominio del planeta no les concierne y el triunfo de uno u otro bando no significa la solución de sus problemas. Al igual que los pueblos del Asia, las masas productoras de América Latina buscan su propio derrotero.

No queremos que se entienda nuestro planteamiento como una negación de la interdependencia económica, social y política de todas las naciones del mundo. La lucha de los pueblos latinoamericanos por su liberación es una parte de la lucha mundial de los trabajadores por el socialismo y siempre existirá la necesaria correlación entre quienes luchan por la misma causa para encontrar un lenguaje común revolucionario. Nadie podría desconocer que las concepciones políticas particulares convergen, como los afluentes de un gran río, en el cauce central del marxismo militante. En este sentido, los acuerdos de la Conferencia de Rangún, en Asia, o las realizaciones del Estado Obrero de Yugoslavia, o las rebeliones de nuestro continente, forman parte de un todo que es la lucha mundial por el socialismo, en que terminarán empantanándose los aprestos bélicos de los bandos en pugna por el dominio de nuestro planeta.

En el seno de los partidos socialistas de la Segunda Internacional existen fuertes tendencias que abandonan aceleradamente la postura reformista y adoptan concepciones definitivas frente al sistema mundial del capitalismo, esto se comprobó en la reunión de los partidos socialistas del Asia, que mantuvieron lazos más bien formales con la dirección de la Internacional, pero que demostraron encontrarse mucho más cerca de una posición como la de Tito, cuya delegación fue entusiastamente recibida por los delegados. Birmania misma hace una experiencia de socialismo revolucionario con el pueblo en armas para defenderla. Por otra parte, en los cuadros de los partidos comunistas de la que fue Tercera Internacional, surgen movimientos cada vez más poderosos que retornan al sentido primitivo de la Revolución Rusa y condenan el totalitarismo burocrático. Si alguien piensa que esta es una simple afirmación en el aire, que medite en el caso de Yugoslavia. Posibilidades todavía vírgenes existen en China y otras regiones en que se han instaurado regímenes comunistas. Entre los partidos comunistas y los socialistas tenemos una «tierra de nadie», formada por millares y millares de ex comunistas y ex socialistas, de grupos trotskistas, titoístas o independientes, de pequeños y aun grandes partidos solamente marxistas y, finalmente, de grupos o partidos de avanzada con tendencia socialista. Allí está el caldo de cultivo de un gran movimiento internacional revolucionario que restituya a las masas el sentido de su

verdadera misión: la de sepultar el régimen capitalista.

Los partidos revolucionarios latinoamericanos no pueden permanecer impasibles ante este panorama y deben participar en la discusión internacional, sin enclaustrarse en sus propias fronteras. Pero participar en la discusión internacional no significa adoptar fórmulas estandarizadas, sino intercambiar experiencias vivas. El materialismo dialéctico nos ha enseñado que el devenir, el desarrollo, deben entenderse como experiencia absoluta. Los comunistas, en su período staliniano, han querido convertir el momento transitorio en una verdad permanente. Su desesperación por resguardar las fronteras físicas de sus dominios los ha tomado teórica y prácticamente en conservadores. De aquí la necesidad de mantener la concepción esencial de la dialéctica materialista y hacer recaer en el movimiento social, o sea, en la lucha viva y presente, la tónica de la acción política.

Cuando nosotros tratamos de penetrar en el sentido de la revolución latinoamericana, descubriendo sus leyes fundamentales y definiendo el carácter de todo el proceso, no hacemos «escapismo» metafísico, sino que nos incorporamos en un frente de lucha determinado a la guerra de todos los trabajadores por el socialismo. En cambio, cuando queremos extraer conclusiones concretas, aplicables a los pueblos latinoamericanos, de premisas abstractas, hacemos idealismo trasnochado o ruido revolucionario, pero no acción revolucionaria propiamente tal. Es muy distinto estudiar el circuito de circulación de la sangre en un hombre vivo que en una momia del antiguo Egipto. Puede sonar mucho más revolucionario, en un momento dado, la orden de formar los «Soviets de obreros, campesinos, soldados y marineros» que la de convocar a un Congreso Constituyente. Pero la primera no moviliza a nadie, ni a un solo obrero, ni a un solo soldado, y la segunda concita una inmensa agitación de masas. Entonces hay que llegar a la conclusión de que era mucho más revolucionaria la segunda consigna que la primera, porque la comprobación la dan los hechos que durante la revolución valen mucho más que las palabras. Lo anterior es válido especialmente en lo que se refiere al análisis del verdadero carácter de la revolución latinoamericana, ya que estamos acostumbrados a las consignas detonantes y a los juicios categóricos y no dudamos que nuestros conceptos parecerán, a más de alguien, reformistas y contrarrevolucionarios.

Frente al problema de la interpretación del proceso revolucionario latinoamericano se han perfilado tres concepciones generales que, pese a diferencias de detalles entre sus personeros, coinciden en sus lineamientos fundamentales.

a) Concepción Pequeñoburguesa. Comprende a la gran mayoría de los partidos y movimientos populares populares de América Latina, que se plantean fines muy restringidos de libertad democrática y defensa de las riquezas fundamentales de la nación. Para ellos el proletariado no juega un rol principal y conciben solamente un frente de clases en que dominan los intelectuales y los sectores campesinos,

artesanales y de la burguesía inferior. Estos partidos expresan, inconscientemente, el antagonismo cada vez mayor entre un régimen económico cada día más aprobioso y un sistema político democrático. El régimen de libertades democráticas se torna peligroso para los grupos gobernantes y recurren a las dictaduras militares; los partidos populares reaccionan defendiendo las libertades, ampliándolas por la dinámica misma de la lucha y procurando elevar el nivel de vida de los pueblos mediante a una conducta antiimperialista y una política de industrialización y reforma agraria.

Estas tendencias asumen características propias dentro de una modalidad común. Así tenemos a Haya de la Torre y el Apra insistiendo siempre en el carácter incipiente del proletariado en estos países, y dando a su propio partido el aspecto típico del frente de clases, con predominio del campesinado y la pequeña burguesía. Tenemos a Acción Democrática de Venezuela, cuyo máximo ideólogo, Rómulo Betancourt, ha puesto especial énfasis en la ampliación democrática, sin proponerse la radicalización del movimiento, lo que lo condujo a la inercia primero, y a la traición después. Los febreristas paraguayos repudian la lucha de clases y conciben el pueblo como una masa sin fronteras: en manifiesto, reciente, incitaban al ejército a tomar el poder en representación del pueblo. Estos partidos y otros de la misma fisonomía conquistan la adhesión popular porque reflejan en gran parte los anhelos de las capas oprimidas, pero se muestran incapaces de superar la primera etapa y, cuando llegan al poder, terminan en un estancamiento impotente que los desprestigia ante las masas y les abre el camino a las fuerzas intactas de la contrarrevolución.

El nacionalismo latinoamericano, sin la participación activa de dirigentes de convicción y mentalidad socialistas, no es capaz de destruir a las clases sociales más reaccionarias y mantiene en su integridad el régimen capitalista y el sistema político de la democracia burguesa. A través de la ampliación revolucionaria de la democracia burguesa el pueblo procura superar los restringidos objetivos del movimiento, pero, en estas circunstancias, el factor tiempo resulta decisivo, y el proletariado, a la cabeza de las capas desposeídas, no alcanza a impedir la reorganización de las clases privilegiadas que reasumen el poder, recurriendo al terror policial.

b) Concepción dogmática. Algunos teóricos socialistas aplican a los países latinoamericanos la fórmula de la revolución proletaria y la correspondiente dictadura de clase. Por ejemplo, el socialista ecuatoriano doctor Manuel Agustín Aguirre ha sostenido que la burguesía latinoamericana no pudo constituirse como una clase vigorosa y autónoma, con la fuerza suficiente para hacer su camino en la historia, porque nació y creció como una simple prolongación de la oligarquía terrateniente. Considera hermanos siameses al terrateniente-burgués y al burgués-terrateniente y se pregunta: ¿Cómo es posible esperar que la burguesía terrateniente o los terratenientes burgueses han de llegar a destruir la propia estructura que les sirve de soporte

De esta premisa saca también la consecuencia de que la burguesía terrateniente no puede luchar contra el imperialismo, del cual depende y es aliada, y, mucho menos, destruir el sistema de propiedad agraria con que se favorece. Descarta después a la pequeña burguesía por su rol en el proceso de la producción y afirma que «sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria» y que los países latinoamericanos no pueden organizar gobiernos socialistas, pues ellos son simples eslabones del capitalismo mundial. La clase proletaria de las ciudades, agrega, y el campesinado pobre del campo, unidos en un sólo anhelo libertario, serán la única fuerza que puede realizar la verdadera revolución latinoamericana, la que sólo puede entenderse como una revolución socialista.

Esta concepción, que analizaremos en el capítulo siguiente, la hemos definido como dogmática, porque pretende reducir a un esquema el complejo panorama social latinoamericano.

c) Concepción dinámica o propiamente marxista. El primer partido que asumió una posición teórica más o menos justa fue el Partido Socialista chileno en su Conferencia de Programa celebrada en noviembre de 1947 en Santiago. Desgraciadamente ese Programa ha permanecido sin modificaciones, a pesar de que los acontecimientos históricos hubieran hecho necesaria su actualización.

El Programa de esta organización expresa que «las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa-reforma agraria, industrialización, liberación nacional- se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista». La conquista del Estado es la condición previa de la revolución, ya que «no podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora». El socialismo es revolucionario y representa un impulso histórico que se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social. «Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario. Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social».

Los desniveles propios de países semicoloniales y dependientes provocan una gran diversidad de capas explotadas, en distintas etapas de evolución económica, que no encontrarán otra salida a su situación miserable sino a través de la revolución socialista. Para movilizar a estas masas populares hay que mostrarles la perspectiva de un gobierno popular, la República Democrática de Trabajadores, cuya acción deberá encaminarse a levantar los niveles de vida colectiva mediante la modernización del régimen agrario, el aprovechamiento intensivo de nuestras riquezas naturales, la planificación industrial y la destrucción de las bases económicas que sustentan a la oligarquía feudal y la burguesía

capitalista. Igualmente procurará propender a una economía orgánica antiimperialista, ya que la misión del socialismo en América Latina es, no sólo la emancipación de las masas obreras y campesinas, sino la independencia nacional y continental de los controles imperialistas.

La forma en que evolucionará el poder popular y los desplazamientos que aceleren su transformación en poder propiamente proletario dependerán del papel rector que pueda jugar la vanguardia socialista durante la lucha insurreccional y el período postrevolucionario. Lenin encontró en la experiencia, en los hechos, en la corriente impetuosa de la vida, las formas directivas de su revolución y reconoció que, pese a las previsiones, «en la vida real las cosas han resultado de otra manera; se ha producido un ensamblaje extremadamente original, nuevo y sin precedente...» Esa revolución que dirigió Lenin no tiene por qué «repetirse» idénticamente en estos países, y su desarrollo se ajustará a las peculiaridades económicas y sociales; a los factores objetivos y subjetivos propios. Ningún cálculo abstracto, repetimos, puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social.

En diversos sectores del Partido Socialista del Uruguay se ha estado gestando una doctrina de la revolución latinoamericana que se acerca bastante a las concepciones anteriores. Serios intentos se hacen, también en el socialismo argentino.

Pero donde se exhibe con mayor firmeza un concepto muy claro sobre esta materia es en el APRA rebelde, del Perú, cuyo reciente Manifiesto de Chiclayo contiene afirmaciones que compartimos en gran parte.

Los últimos años están produciendo un decantamiento doctrinario y lo que se necesita ahora es trabajar duramente para que este pensamiento penetre en los sectores de avanzada, impidiendo el confusiónismo y la desorientación. Esto es tanto más urgente cuanto que los partidos comunistas acaban de adoptar definitivamente la teoría de la vía pacífica para llegar al poder, lo que puede significar un peligroso narcótico para las masas.

De las tres concepciones sobre el carácter de la revolución latinoamericana, la primera es puramente intuitiva y desconoce la importancia de la lucha entre las diversas clases y el papel del proletariado en la conducción de la lucha por el socialismo; la segunda es esencialmente dogmática y procura, más que un acortamiento de las etapas de la revolución, la eliminación teórica de algunas de ellas; la tercera es dinámica, es decir, aprecia debidamente los factores estructurales y superestructurales y adjudica al socialismo su pleno valor como impulso histórico que se aplica a la transformación completa del orden social.

La profundización de la concepción dinámica permitirá sustituir las simples fórmulas por un verdadero pensamiento. Con un certero instinto los sectores de izquierda del socialismo chileno han levantado la consigna del «frente de trabajadores» o «frente de clase», como una reacción contra las desviaciones oportunistas. Pero la carencia de una profundización siquiera

elemental permite las más variadas interpretaciones de esta línea política. Hay que precisar cuáles son las clases sociales oprimidas, el papel de cada una de ellas, su gravitación social y su fisonomía política. Es preciso delinear bases programáticas, en lo nacional y en lo internacional. ¿A quienes se considera trabajadores? ¿Qué partidos los representan? ¿Qué relaciones orgánicas debe haber entre esos partidos y la organización sindical? ¿Cómo van a llegar al poder y qué forma adquirirá ese poder? Estas son sólo algunas de las preguntas que los trabajadores nos hacen y para las cuales debemos tener una respuesta.

¿Qué es lo que entendemos por cumplir los objetivos de la revolución democrático-burguesa? Levantar la economía a nivel de la producción capitalista y asegurar la incorporación a la vida pública de las masas populares. Tanto la finalidad económica como la finalidad política están preñadas de posibilidades revolucionarias más amplias cuyo aprovechamiento depende de la firmeza con que actúen los sectores más avanzados. Porque lo que el doctor Aguirre no quiere admitir es que la revolución democrático-burguesa no tiene para qué ser ejecutada por la burguesía, la que, por el contrario, se verá compelida a resistirla para salvar su propia existencia como clase. Esto elimina el argumento de que la burguesía no pudo constituirse «como una clase vigorosa y autónoma», que resulta tan pueril como el que refuta el propio Aguirre al ridiculizar la concepción de que el proletariado no puede jugar un papel directivo porque es todavía incipiente. Pero parece imposible pasar de un salto desde la producción feudal a la economía socialista y proporcionar a las masas por decreto, de un día para otro, conciencia política, y más que eso, capacidad revolucionaria. El período intermedio, corto o largo, no puede evitarse, como no podría lograrse que un niño de tres años llegara en breves horas al estado adulto.

Para Rodney Arismendi, «la gran tarea histórica de los pueblos latinoamericanos consiste en impulsar y desarrollar hasta el fin la revolución democrático-burguesa, revolución cuyo centro económico es el problema agrario, ya que sobre el monopolio de la tierra se tejen las relaciones semif feudales de producción, en agudas contradicciones con las necesidades industriales y agrícolas de cada país, con el incipiente desarrollo capitalista y con las aspiraciones de mejoramiento social y cultural de la población». Para Arismendi no hay otro medio de acercarse al socialismo que la libertad política completa a través de la República Democrática. Pero para él la burguesía nacional puede «y debe» entrar en el cuadro de los posibles aliados del proletariado, lo que desnaturaliza su concepción y lo conduce directamente al oportunismo político. Precisamente la condición del triunfo de la revolución democrático-burguesa o, por decirlo más claramente, de la etapa democrático-burguesa de la revolución socialista, radica en la eliminación de la burguesía como aliado y copiloto y en su destrucción implacable, tanto en la base económica como en la gravitación política. Pueden considerarse como fuerzas motrices de esta etapa las capas

oprimidas, o sea los obreros, los campesinos, las clases medias, incluso hasta los sectores inferiores de la burguesía, pero en ningún caso la burguesía propiamente tal, ya sea fuerte o débil, indefinida o vigorosa.

Así como en su tiempo la Comuna sirvió de ejemplo y antecedente sobre las modalidades que podría asumir una revolución social, debemos buscar en las experiencias ocurridas en el continente el sentido de la insurgencia latinoamericana para operar en las próximas coyunturas de acuerdo con sus enseñanzas. Desdeñar esas experiencias por un mero afán de adjetivar con exceso es olvidar que la mejor escuela de la revolución es la vida.

Distinguimos en todos estos movimientos, sin duda alguna, una natural tendencia a la incorporación de las masas a la vida política activa; un gobierno popular que le confiera legalidad y vigencia a este impulso adquirirá, sin duda alguna, popularidad y amplio respaldo de los trabajadores. Pero también las masas anhelan una disminución de los gastos burocráticos, una simplificación de los aparatos del Estado y un cercenamiento de las altas rentas, con el debido control de las corruptelas oficiales tan características de estos países. Ya hemos visto cómo este factor se expresa pasionalmente en algunos comicios electorales y la sola condición de la elemental honestidad transforma a un político en un caudillo. Ya había observado Marx en la propia Comuna el deseo de instaurar un gobierno «barato» y Lenin, al insistir en este tema, le dio una significativa importancia, refutando las ironías del reformista Bernstein que calificaba estas preocupaciones como un «democratismo primitivo». En América Latina la organización de gobiernos baratos y honrados adquiere, todavía, mayor relieve, porque la corrupción de los dictadores y su émulo democráticos es de tal embergadura que las masas aspiran a liberarse de ese yugo con impaciencia realmente revolucionaria. Esta impaciencia es una de las razones de muchos motines y cuartelazos, ya que muchas veces derriban un gobierno que tiene como significado directo desembarazarse de una camarilla de ladrones.

Si aceptamos que el desarrollo normal de la democracia burguesa no lleva hacia la ampliación de la democracia, hacia «una democracia cada vez mayor», sino que termina con la represión de los movimientos populares que se incorporan a la vida pública, podemos comprender que el paso de la democracia burguesa a la democracia socialista requiere la remoción violenta de las clases conservadoras que se oponen a esa transformación. Pero ¿qué perspectiva se les mostrará a las masas en el momento de la acción práctica? ¿La dictadura del proletariado? Por su calidad selectiva esa consigna las dejará frías y el movimiento no pasará a ser una aventura romántica o un putsch trágico. Las masas entenderán -en ese momento de la insurrección- la conveniencia de dar apoyo a una República Democrática, a un Gobierno popular que termine con los ladrones, que ponga fin a las grandes rentas, y que les ofrezca un Gobierno barato y honrado. Sólo cuando esta República Democrática

haya incorporado a las masas a la vida política y las haya organizado y armado, podrán ellas avanzar hacia nuevas formas estatales, en relación con las modificaciones estructurales de la economía. Por eso la participación de los partidos burgueses, como "aliados", es inconveniente e inaceptable. Esa participación implica la aceptación de la fórmula del poder popular como una realidad estática y no como proceso en desarrollo, intrínsecamente dinámico. La burguesía sólo está dispuesta a hacer concesiones "formales" y su política permanente tenderá a la regresión, destruyendo la moral de los trabajadores con una serie de capitulaciones y traiciones.

Por esto mismo hay que tener presente la necesidad de contar con un Ejército Popular al lado del Gobierno Popular. Porque la democracia no es una bendición "en general", un concepto metafísico que importa una solución por su excesiva presencia. Hay diversas clases de democracia y nosotros no podemos ser partidarios sino de una democracia para la mayoría del pueblo, así como los burgueses son partidarios de una democracia para la minoría. "Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo, ha escrito Lenin, y represión por la fuerza, es decir, exclusión de la democracia, para los explotadores, para los opresores del pueblo". Descamamos el término de las ferias electorales que caracterizan la democracia burguesa y la participación viva, constante, de las masas en el destino de los asuntos colectivos. No pensamos en una "República Popular" como la concibió Otto Bauer, en que la burguesía conserva el control económico, sino en una etapa intermedia, pero necesaria, entre el Estado burgués y el Estado proletario.

Me resigno, por anticipado, a los epítetos de "reformista", "amarillo", "socialdemócrata" y otros semejantes que me dedicarán desde ciertos cónclaves ultrarrevolucionarios, que sólo aceptan como consignas revolucionarias la dictadura del proletariado y la revolución socialista. Pero lo que no podrán hacer esos cónclaves es ofrecer una teoría consecuente sobre el desarrollo de todo el proceso, ya que sustituyen esa teoría por un juego de palabras y un malabarismo verbal carente de toda seriedad doctrinaria.

La fórmula de la República Democrática de los Trabajadores, sobre la base de no enajenar la independencia del partido obrero y de la clase obrera, es la única adecuada para movilizar junto a los proletarios al resto del pueblo, o sea, a los campesinos, a los empleados, a los pequeños industriales, a los profesionales de avanzada, a los artesanos, a los estudiantes y a toda esa gama de grupos y subgrupos populares que son el producto de una tardía formación social y de una relativa indefinición en las fronteras de las clases. Cuando se llega a sacrificar la necesaria independencia de proletariado exajerando los términos de la cooperación con las demás capas oprimidas, sólo entonces se abandonan un punto de vista revolucionario y se adopta una posición oportunista. Pero aferrarse a consignas y concepciones ajenas, expresadas en procesos revolucionarios pretéritos, está muy lejos de ser una actitud consecuente; la revolución

latinoamericana es un suceso histórico cuyo propio desarrollo obedece a leyes también propias, extraídas de su dinámica interna; lo importante es no perder nunca de vista todo el proceso y evitar que los medios se transformen en fines. Ningún teórico marxista puede pretender convertirse en profeta y nunca se ha podido predecir exactamente el curso de una revolución; el Lenin sin contradicciones que acostumbra presentarnos los stalinistas no existió jamás y es una de las tantas idealizaciones termidorianas; el verdadero Lenin buscaba afanosamente en los hechos mismos los reajustes ideológicos necesarios. Nosotros tendremos que estar muy atentos a cada acontecimiento sucesivo para ir graduando nuestra acción práctica en forma de que predomine el criterio de la clase obrera y la dirección de su vanguardia política, lo que asegurará el curso de la revolución hacia una ordenación económica socialista.

Cuando llamemos a las masas a expresarse políticamente en una elección amplia y sin restricciones, en apoyo del gobierno popular revolucionario, para designar representantes en un congreso o asamblea constituyente, debemos admitir la necesidad de un frente de partidos que reflejen las diversas tendencias populares y permitan así una auténtica expresión de las mayorías nacionales. Democracia para las mayorías productoras y dictadura para la minoría desplazada. El partido obrero que encabeza la revolución no puede aspirar a ser depositario inmediato de la confianza de los campesinos y otras capas inferiores, lo que explica el absurdo de una dictadura proletaria en ese período. Conquistará la confianza de los campesinos cuando logre imponer la reforma agraria, lo que significa, además, que la reforma agraria no se ganará en los campos, sino que se decidirá en las ciudades. Una verdadera reforma agraria, que signifique la destrucción del baluarte de la oligarquía, no la conseguirán jamás los campesinos por sí mismos, ya que no lograrán poseer la unidad y la decisión que se requiere para esa empresa.

No podemos ser enemigos de la fórmula de la dictadura proletaria, como no podemos ser enemigos de la revolución socialista. Pero no creemos en la imposición dogmática que deriva de una concepción mecánica de la lucha de clases. Lo que queremos decir es que para un marxista resulta imprescindible comprender la dinámica social y proceder con rapidez y agilidad de acuerdo con la evolución de pensamiento colectivo de las masas insurgentes, pensamiento que se moldea en la experiencia diaria y progresa, a veces, con vertiginosa rapidez. No podemos tampoco olvidar los considerables desniveles en la capacidad política de las masas, que irán desapareciendo paulatinamente en la medida misma que el conjunto de las fuerzas populares se enfrente con el imperialismo y la oligarquía terrateniente y obtenga ventajas económicas, destruyendo las bases sociales sobre las que subsiste el régimen que las condena a la ignorancia.

Por eso hemos querido precisar que la revolución democrático-burguesa, ineludible históricamente, debe comprenderse como una etapa de la revolución socialista,

durante la cual la clase burguesa será compelida a ubicarse entre los grupos reaccionarios, sin tener la posibilidad de manejar las palancas de comando. Durante esta etapa, las formas superiores de gobierno adoptarán necesariamente una fisonomía de transición, de dictadura democrática con participación de diversas capas sociales.

No vemos manera de evitar este período ni creemos que la historia pueda ofrecernos otro panorama, ya que la insurgencia popular latinoamericana es extraordinariamente confusa desde el punto de vista ideológico, como consecuencia de una formación social tardía y de una evolución económica irregular; los sectores intermedios son muy amplios y sus vacilaciones políticas fácilmente constatables; las capas más oprimidas suelen carecer de toda orientación social y vegetan -muchas veces- en un sordo primitivismo. Por eso, si es verdad que las premisas señaladas en el capítulo anterior determinan la evolución general, también lo es que esa evolución se condiciona a factores objetivos inevitables. De ahí la aparición tardía de una conciencia nacionalista y antifeudal, bajo la forma de partidos populares que logran conquistar la confianza de las mayorías, y de ahí también la indefinición y nebulosidad de los programas de que casi todos esos partidos en que el instinto liberador predomina sobre la estrategia consciente.

La importancia en promover la discusión sobre los objetivos revolucionarios deriva de la necesidad de organizar una dirección responsable que salvaguarde el destino colectivo, porque el triunfo prematuro de partidos improvisados puede prestigiar ante las masas la causa de la revolución socialista. La tarea más urgente de la hora actual es la formación de cuadros dirigentes que conozcan su misión y no estén expuestos a corromperse con el poder. La instauración de un poder popular en vez de un poder proletario acarrea, fatalmente, tales peligros, y su transición posterior hacia la nueva forma depende de la existencia de un partido revolucionario sólido. La etapa intermedia no puede evitarse. Lo que puede evitarse es que esa etapa termine en el fracaso y la regresión.

¿Hasta qué punto hemos avanzado en la formación de esos partidos de vanguardia? ¿Qué relaciones frecuentes y normales existen entre ellos en el plano continental? Hablando francamente, hemos avanzado por el camino de la formación de grandes partidos populares, pero los hemos dejado expuestos a toda clase de contradicciones y confusiones. En cuanto a su intercambio de ideas y experiencias, está entregado al encuentro casual de dirigentes en raras oportunidades. Si esto no se remedia, el peligro será cada vez mayor y más de algún éxito político se hundirá rápidamente en el descrédito más absoluto.

En el período actual lo más urgente es la coordinación de los elementos que poseen una concepción clara para que su contribución acelere el proceso de la formación de una vanguardia revolucionaria en el continente; no puede prescindirse de un órgano común periódico que sirva de tribuna de los diversos movimientos revolucionarios, entre

los que cabe destacar a las alas izquierdas de los partidos socialistas de Argentina, Uruguay, Chile, Brasil y Ecuador, al Movimiento de Izquierda Revolucionaria que dirige Silvio Frondizi en Argentina, al Movimiento de Izquierda Revolucionaria que se desglosó de Acción Democrática en Venezuela y el APRA Rebelde del Perú. Del intercambio de opiniones y experiencias de estos sectores podrá surgir un pensamiento común. Así se recuperará el tiempo perdido en las reuniones que han organizado el Secretariado de la II Internacional que administra Maiztegui y el Departamento Internacional del Partido Socialista chileno, en las cuales un practicismo altisonante ha pretendido reemplazar a la seria elaboración teórica y política.

El talón de Aquiles del proceso revolucionario continental se encuentra en la debilidad conceptual de los partidos que acaudillan los movimientos de liberación nacional y superar esa debilidad resulta imprescindible si se tiene en cuenta la naturaleza de los gobiernos populares que surgen en cada oportunidad. Durante este período hay que pugnar por el esclarecimiento constante de las finalidades perseguidas y, en el evento revolucionario, hay que definir la ampliación democrática como una escuela gigantesca de capacitación popular. Democracia, para los pueblos latinoamericanos, no puede significar solamente el derecho a participar en los veredictos electorales, sino derecho a comprender la significación de ese veredicto. La mejor manera de afianzar un gobierno popular consiste en la extensión ilimitada de la enseñanza elemental, secundaria, técnica y superior, convirtiendo cada escuela, cada cuartel, cada centro de trabajo, en un foco de capacitación cívica.

El Poder Popular, bajo la denominación que surja, debe convencer a las masas de que es su propia expresión, impulsando, junto a las medidas económicas que ya hemos delineado, una movilización ideológica y política que asegure su evolución positiva hacia nuevas formas de organización social. Pero toda esa información resultará insuficiente si no existe un centro directivo muy audaz y muy responsable, es decir, si no existe un partido de vanguardia, con hombres decididos a mantener el ritmo revolucionario; el factor subjetivo es imprescindible cuando el movimiento entero parece estancarse y afloran, desde los profundos estratos sociales de las capas privilegiadas sobrevivientes, tendencias conservadoras o intenciones reaccionarias. Si antes del triunfo los partidos de vanguardia deben prepararse para la revolución, después de la victoria deben seguirse preparando para que la revolución no fracase.

Hay una diferencia de fondo entre las medidas de la etapa democrático-burguesa aplicadas por una coalición entre trabajadores y la burguesía y aplicadas solamente por los trabajadores. Para la burguesía esas medidas son un fin; para los trabajadores, un medio. Para la burguesía, modernizar la economía significa asegurarse condiciones para lograr mayores utilidades y beneficios; para los trabajadores, significa elevar el nivel de vida colectivo. Por eso, para los partidos burgueses su acción resulta orientada hacia el

perfeccionamiento del régimen capitalista, mientras que para los partidos populares se encamina hacia la victoria del socialismo. Pero en la medida misma en que los partidos populares carecen de un programa claro y de la voluntad de aplicarlo, aumenta la posibilidad de que sean los partidos burgueses los que terminen ganando la partida. No es, entonces, una cosa baladí y sin importancia esto de saber de antemano qué es lo que se va a hacer, como no lo es, tampoco, la previsión de lo que van a hacer los demás. Quienes desprecian la teoría revolucionaria se condenan a algo más que al oportunismo político: se condenan irremediablemente al desastre.

Debemos organizar equipos, tanto en el plano nacional como internacional, que elaboren planes de reforma agraria, de producción industrial, de enlace de mercados, de planificación económica, de organización educacional y cultural, etc. No debemos dejar a la improvisación del último minuto la solución de problemas que afectan a toda la nación. Debemos distinguimos por nuestra tenacidad y por nuestra seriedad. La superficialidad es, para la política revolucionaria, lo que la vanidad para los narcisos: el germen de la inevitable perdición. Esto es especialmente válido para las juventudes revolucionarias, que deben superar el período de las discusiones intrascendentes y pasar al estudio científico de la realidad latinoamericana, aportando monografías, investigaciones y proyectos. Hemos vivido, hasta hoy, una suerte de analfabetismo teórico que no puede continuar un día más. Tenemos que levantar empresas editoriales, publicar revistas y periódicos, folletos y libros. Hay que lanzarse al asalto de la ignorancia doctrinaria para transformar en vanguardias conscientes los movimientos puramente reflejos. Y si aparecen esos viejos bonzos oportunistas que suelen ridiculizar el adoctrinamiento de los cuadros combatientes como un refinamiento propio de los intelectuales, hay que correrlos a puntapiés de la organización, porque hacen más daño con su escepticismo que la propia reacción con sus persecuciones.

Y hay que aprender a distinguir entre la fidelidad a los principios y las necesarias transacciones prácticas con otros partidos que no comparten muchos de esos principios. En su artículo Dos Compromisos, escrito el 3 de setiembre de

1917, Lenin aclaraba perfectamente esta cuestión: "El deber de un partido verdaderamente revolucionario- decía - no es el de proclamar una renuncia imposible a toda especie de compromiso, sino de saber a través de todos los compromisos, y en la medida que éstos sean inevitables, guardar la fidelidad a sus principios, a su clase, a su objetivo revolucionario, a la preparación de la revolución y a la educación de las masas que es preciso conducir a la victoria"

Un partido revolucionario sin principios es como un cuerpo sin alma. Pero un partido que se dedique a rumiarse mecánicamente sus principios es como un cuerpo con alma, pero sin cerebro. No se es revolucionario solamente por el hecho de repetir determinadas fórmulas cabalísticas o aun conocer los elementos esenciales del materialismo dialéctico; hace falta, además, apreciar debidamente la correlación de las diversas fuerzas en lucha, ubicarse frente a los partidos y los hombres que representan el pensamiento de los diversos sectores, maniobrar hábilmente para asegurar el control de las acciones y apreciar en su conjunto toda la situación, para saber hasta dónde se puede transar o en qué medida es preciso mantenerse intransigente. El revolucionario que confunda la fidelidad a los principios y al programa con la testarudez práctica no pasa de ser un mentecato.

Pero que no se nos venga tampoco con la monserga de que no podemos participar en la revolución "porque no estamos preparados". Esto significaría carecer totalmente de confianza en las masas y en su iniciativa revolucionaria. Las masas buscarán necesariamente su camino y crearán los órganos del nuevo poder. Naturalmente que lo mejor sería estar preparados para esa eventualidad y tener previstos todos los planes y todos los proyectos. Pero cuando ello no sea posible, y mucho tememos que más de una vez ocurra así, es preciso apoyar con entusiasmo la acción popular procurando encauzarla por senderos positivos. Los grandes revolucionarios han sabido siempre interpretar el estado de ánimo colectivo y nunca han recurrido a los fríos formulismos en el momento en que la coyuntura histórica los ha lanzado a la lucha.

Por eso, y precisamente por eso, quisiera terminar estas páginas con una frase de Marx, cuyo profundo sentido es necesario asimilar: "La insurrección es un arte".